

Una llamada a la juventud

Publicado: Martes, 07 Febrero 2017 01:18

Escrito por Ernesto Juliá



La fuerza evangelizadora de las JMJ da pie a seguir firme en la esperanza de que esos encuentros abran el corazón de muchas personas jóvenes para recibir la Luz de Cristo y seguirle después, cada uno según su camino

La Iglesia no ha dejado jamás de llamar a la puerta de los corazones jóvenes, en todos los países y a lo largo de todos los tiempos Y así seguirá haciendo hasta el fin.

En estos días ha vuelto a hacerlo de manera muy explícita: anunciando el tema del próximo Sínodo de Obispos, que se celebrará en Roma en octubre del próximo año 2018, con un Documento Preparatorio que lleva por título: [Los jóvenes, la Fe y el discernimiento vocacional](#).

Y enseguida señala que “la Iglesia ha decidido interrogarse sobre cómo acompañar a los jóvenes para que reconozcan y acojan la llamada al amor y a la vida en plenitud, y también pedir a los mismos jóvenes que la ayuden a identificar las modalidades más eficaces de hoy para anunciar la Buena Nueva”.

El reto, realmente, es grande. La fuerza evangelizadora de las Jornadas Mundiales de la Juventud, que inició **san Juan Pablo II**, y han mantenido vivas **Benedicto XVI** y **Francisco**, da pie a seguir firme en la esperanza de que esos encuentros abran el corazón de muchas personas jóvenes para recibir la Luz de Cristo y seguirle después, cada uno según su camino.

De este *Documento Preparatorio* se hablará no poco en este tiempo de

preparación; ahora me gustaría solamente subrayar tres detalles, como tres notas de una sinfonía, que he echado en falta en todo el texto, y que podían elevar los horizontes de vida de los jóvenes.

El primero el recordar a los jóvenes que todos los cristianos estamos llamados a la Santidad, o sea a un trato personalísimo con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; a vivir con Él y a ser transmisores de su Amor a los demás.

El documento parece poner la atención sobre todo en la respuesta de los jóvenes a las llamadas, “al sacerdocio, al matrimonio, a la vida consagrada”. La “llamada universal a la santidad”, no queda limitada por un “estado” de vida.

La segunda nota que he echado en falta es una llamada vigorosa y firme a la castidad, que el cristiano anhela vivir en cualquier “estado” en que se encuentre. Y se echa más en falta si se tiene en cuenta el ambiente social que los jóvenes encuentran a su alrededor, y que todos apreciamos claramente todos los días.

“Sí, querido jóvenes, no cerréis vuestros ojos a la enfermedad moral que acecha a vuestra sociedad hoy, de la cual no puede protegeros tan sólo vuestra juventud. Cuántos jóvenes han torcido sus conciencias y han sustituido la verdadera alegría de la vida por las drogas, el sexo, el alcohol, el vandalismo y la búsqueda vacía de las meras posesiones materiales” (Juan Pablo II, [Homilía en la Santa Misa, Galway, 30-IX-1979](#)).

La gran misión que la Iglesia tiene en este campo es precisamente ayudar a todos a descubrir la santidad en una sexualidad vivida en plenitud del Amor de Dios, en el matrimonio. Llegar vírgenes al matrimonio; fidelidad matrimonial; que el cuerpo dé gloria a Dios... son verdades, son realidades, siempre vigentes en el vivir cristiano, y que hoy -por desgracia, o por miedo a no hablar de ellas- parecen muy olvidadas.

Y el tercer detalle, nota sinfónica, se refiere al estudio, a la preparación para desarrollar un auténtico trabajo profesional en servicio de toda la sociedad. En nuestro país el fracaso escolar es serio; la mediocridad del estudiante universitario es quizá más seria todavía. Una llamada a encontrar a Dios en el estudio, en el trabajo, elevaría también la mirada del hombre, de la mujer, joven, y le empujaría a participar en esa gran obra de la creación, y de la santificación del mundo, a la que les invita Dios, en Nuestro Señor Jesucristo.

La vía está abierta. Así lo recuerda el Documento: “A través del

camino de este Sínodo, la Iglesia quiere reiterar su deseo de encontrar, acompañar y cuidar de todos los jóvenes, sin excepción. No podemos ni queremos abandonarlos a las soledades y a las exclusiones a las que el mundo les expone. Que su vida sea experiencia buena, que no se pierdan en los caminos de la violencia o de la muerte, que la desilusión no los aprisione en la alienación: todo esto no puede dejar de ser motivo de gran preocupación para quien ha sido generado a la vida y a la fe y sabe que ha recibido un gran don”.

Con la perspectiva del encuentro vivo con Cristo -“**llamada a la santidad**”-, con el anhelo de pureza de cuerpo y alma -**castidad**- y con el deseo de hacer crecer los talentos recibidos de Dios: -**el estudio**-, el hombre, la mujer joven de hoy, nunca se verán abandonados “a las soledades y a las exclusiones que el mundo les pueda imponer”. Serán un testimonio de la Luz, de Cristo, y eso les llenará de verdadero amor el Corazón.

Ernesto Juliá, en religionconfidencial.com.